

Desafiemos el discurso de «alimentar al mundo»

El aumento de un 70 % en la producción mundial de alimentos para 2050 se ha convertido en una suposición omnipresente en el ámbito de las políticas europeas. Esta estadística se ha convertido en el porcentaje que todo el mundo repite y está desempeñando un papel importante en el marco de los actuales debates políticos europeos e internacionales sobre seguridad alimentaria y sobre la futura dirección de la agricultura mundial.

Este informe pretende desafiar la afirmación de que necesitamos aumentar la producción mundial de comida un 70 % para poder alimentar a todo el mundo en el 2050, así como el marco predominante sobre el problema de la seguridad alimentaria.

Los datos de referencia que hicieron que la FAO estimara un aumento necesario en la producción mundial son cuestionables.

Las tendencias actuales que forman la base del escenario de demanda de alimentos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO por sus siglas en inglés) se dan por supuesto y se espera que persistan (por ejemplo, el aumento del consumo de productos animales, los altos niveles de desperdicios alimenticios y las pérdidas tras las cosechas, la demanda de biocombustibles; Bernard and Lux, 2017).

Una productividad más alta a nivel mundial no logró garantizar la seguridad alimentaria durante la Revolución verde. No hay ninguna razón que demuestre que los negocios de siempre vayan a funcionar ahora.

En el siglo XX, la agricultura experimentó un aumento de productividad drástico: a nivel mundial, los rendimientos aumentaron entre 150 y 200 % entre el año 1960 y el 2010, teniendo en cuenta importantes diferencias regionales (FAO 2011; IAASTD 2009). Sin embargo, a pesar de este enorme aumento de productividad, la seguridad alimentaria no se pudo garantizar ni a nivel mundial, ni a nivel local. Según la FAO, el número estimado de personas que sufren inseguridad alimentaria y malnutrición crónicas aumentó de 777 millones en 2015 a 815 millones en 2016. Además, dos mil millones de personas están afectadas por el hambre oculta producida por una carencia de micronutrientes (Bioversity International, 2014). Al mismo tiempo, el sobrepeso infantil y la obesidad en la edad adulta están aumentando por todo el mundo.

Estos datos ilustran otra cuestión: la seguridad alimentaria no depende de la cantidad de comida disponible, independientemente de sus propiedades nutricionales, sino del acceso a alimentos nutritivos.

La productividad es una cuestión de prácticas agronómicas, y de tiempo.

El tiempo es un factor que a menudo se omite o se olvida cuando se compara la productividad de los suelos que se cultivan de forma convencional con los que se cultivan agroecológicamente. La productividad que se consigue a corto plazo y a través de plantas de alto rendimiento y de fertilizantes es efímera: tras una fase inicial, está decreciendo a nivel mundial y solo se puede mantener mediante una mayor cantidad o unas dosis más concentradas de productos químicos. Estos productos, entre otros factores, son responsables de la disminución de la fertilidad del suelo, ya que contribuyen a la pérdida de materia orgánica. En otras palabras, no se puede alcanzar una productividad mayor a través de prácticas que, en primer lugar, supongan la

pérdida de fertilidad del suelo. Sin Por otro lado, cada vez hay más indicios de que los sistemas agroecológicos ayudan a mantener el carbono en el suelo, mantienen la biodiversidad, restauran la fertilidad del suelo y mantienen el rendimiento a los largo del tiempo.

La seguridad alimentaria depende de sistemas alimentarios que sean locales y fuertes, no solo de una productividad creciente.

Mejorar la producción alimentaria nacional en los países en desarrollo es una política que se acepta a nivel internacional, según se confirma en los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODM) (*Sustainability Now*, 2016). La FAO (2006) también reconoce que «la interacción entre la seguridad alimentaria y el potencial de producción alimentaria es principalmente un problema local de las sociedades pobres que dependen de la agricultura», y que «a menos que se desarrolle la agricultura local y se abran otras oportunidades para generar ingresos, la inseguridad alimentaria determinada por el potencial limitado de producción local persistirá, incluso en medio de una abundancia del potencial a nivel mundial. No debe subestimarse necesidad de desarrollar la agricultura local en esta situación como condición *sine qua non* para mejorar la seguridad alimentaria». En este sentido, la conversión del terreno para los monocultivos en el Sur global para exportar al Norte global va exactamente en la dirección opuesta: el acaparamiento de tierras, los monocultivos y las políticas orientadas a la exportación sirven de muy poco a las comunidades locales, que a su vez sufren este robo de recursos (tanto de tierra como de agua), así como la pérdida de posibilidad de ingresos económicos. Estas comunidades se ven obligadas a huir de sus ciudades y, en ocasiones, llegan a Europa en busca de una vida digna. En 2015 hubo 244 millones de migrantes internacionales, 40 % más que en 2000.

Una gran parte de estos migrantes proceden de áreas rurales donde más de un 75 % de la población que sufre pobreza e inseguridad alimentaria depende de la agricultura y de modos de vida que dependen de los recursos naturales, según las cifras de la FAO.

La seguridad alimentaria y los sistemas alimentarios locales y fuertes dependen de la agrobiodiversidad local.

Los sistemas que son uniformes o carecen de biodiversidad son frágiles. La homogeneidad genética ha generado de forma sistemática vulnerabilidad hacia las epidemias y, en términos más generales, al estrés biótico y abiótico. La agrobiodiversidad es fundamental para la supervivencia de los sistemas agrícolas locales y sostenibles. Las variedades locales son las más adecuadas para el clima y el suelo en el que nacen, y crecen mejor en la zona donde se han naturalizado a lo largo de los siglos, gracias al trabajo de las personas. Son más resistentes y, por lo tanto, requieren menos intervención externa. Como consecuencia, las variedades locales son ambientalmente y económicamente más sostenibles. Lo mismo sucede con las razas indígenas, que son resistentes y se han adaptado a todos los terrenos y a las condiciones climáticas más duras. La biodiversidad es un recurso único y valioso genéticamente, pero también cultural, social y económicamente. Además, algunos de indicios nuevos sugieren que la diversidad agrícola contribuye a la nutrición humana al aumentar la diversidad y la calidad de la dieta (Powell et al., 2015; Pelligrini & Tasciotti, 2014).

El papel de Europa: ¿alimentar al mundo?

En el informe *Sustainability Now* (2016), Karl Falkenberg, asesor principal de desarrollo sostenible para el presidente de la Comisión Europea, dice: «La Unión Europea

también necesita revisar el papel que desempeña en la economía mundial: con un crecimiento demográfico situado principalmente fuera de Europa, ¿necesita la UE alimentar al mundo? [...] El fortalecimiento de la producción nacional de alimentos de los países en desarrollo es una política internacional reconocida, confirmada en los ODM. ¿Qué rendimiento a largo plazo de las exportaciones de la UE es compatible con este objetivo?».

Existe un reconocimiento generalizado de que la seguridad alimentaria es fundamentalmente una cuestión de distribución vinculada a la pobreza, la exclusión social y otros factores que afectan el acceso y la utilización de los alimentos.

«Para casi 400 millones de personas, incluso el aumento previsto del 70 % en la producción de alimentos y forraje no garantizará que puedan acceder a una alimentación adecuada. Para que tengan acceso a la alimentación se requerirá un marco socioeconómico adecuado que solucione desequilibrios y desigualdades» (FAO, 2009). El verdadero desafío para enfrentarse a las causas subyacentes del hambre es la reducción de la pobreza mediante el aumento de los ingresos de los pequeños productores que disminuya las dependencias y logre una justicia distributiva (por ejemplo, el acceso a la tierra y a las semillas, el acceso igualitario a los recursos para mujeres y hombres) y reduzca los desechos y las pérdidas posteriores a la cosecha (IAASTD 2009, EKD 2015, Altieri y Nicholls 2012, De Schutter 2010).

El hecho de que una tercera parte de toda la producción alimentaria mundial se desperdicie es una clara demostración de que la comida existe, pero no existe la justicia distributiva.

La FAO estima que un tercio de todos los alimentos comestibles producidos se pierden o se desperdician anualmente, es decir, unos 1.300 millones de toneladas, lo que supone un coste económico estimado de unos 750.000 millones de dólares (sin contar el pescado y el marisco). Además, el impacto medioambiental de los desperdicios alimentarios y de los desechos en términos del volumen y del coste es tremendo y representa un coste enorme para la sociedad en términos de emisiones de gases de efecto invernadero, huella hídrica, desperdicio de tierras agrícolas y pérdida de biodiversidad.

Muchos de los sistemas de producción alimentaria de hoy ponen en peligro la capacidad de la Tierra para producir en el futuro.

Tal y como se informó en el tercer ejercicio de prospectiva del Comité Permanente de Investigación Agrícola (SCAR, por sus siglas en inglés), a nivel mundial, y en muchas regiones, incluyendo Europa, la producción de alimentos excede los límites medioambientales o está a punto de excederlos. La síntesis de nitrógeno sobrepasa cuatro veces el límite del planeta y el uso del fósforo ya ha alcanzado el límite del planeta. El cambio en el uso de la tierra, la degradación del suelo y la dependencia de la energía fósil generan aproximadamente una cuarta parte de las emisiones de gases de efecto invernadero. La agricultura (y la industria pesquera incluida) es el principal motor de la pérdida de biodiversidad. A nivel regional, el agua que se extrae para regar excede la cantidad necesaria para reabastecer este recurso.

Ha llegado el momento de abandonar el discurso (y la estrategia) común de aumentar la productividad.

El informe del tercer ejercicio de prospectiva del SCAR concluyó que «se necesita un cambio drástico en lo que respecta la oferta y la demanda de alimentos. [...] Esta



Slow Food®

transición no se puede hacer siguiendo el discurso común de aumentar la productividad. El discurso de la "suficiencia" abre oportunidades para la transición hacia sistemas alimentarios sostenibles y equitativos mediante un enfoque sistémico que se ocupe de las interacciones complejas que entraña el reto de alcanzar una mejor comprensión de los sistemas socioecológicos».